

tra casa, sino el alma que es el mayor y mas propio bien que teneis, como dice el Profeta: ella es la que padece la enfermedad mas cruel. Venid, pecadores, á encontrar á Jesu-Christo en la persona de su Ministro; exponedle con sinceridad la naturaleza de los males que os afligen; manifestadle con viveza el dolor que padeceis, y os dirá como al Centurion: ve, y como creiste, así sea hecho. Ojalá, hermanos míos, que podais oír de nuestra boca estas palabras, y que pueda ser sólida y durable esta curacion, á fin de que vueltos á la vida conserveis la salvacion eterna. Así sea.

## DOMINGO IV.

## DESPUES DE LA EPIPHANIA.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS.  
cap. 13. v. 8. 10.

*Hermanos: No debais nada á nadie:  
Sino que os ameis los unos á los  
otros: porque el que ama á su pró-  
ximo, cumplió la Ley. Porque: no  
adulterarás: no matarás: no hur-*

*tarás: no dirás falso testimonio:  
no codiciarás: y si hay algun otro  
mandamiento, se comprehende su-  
mariamente en esta palabra: Ama-  
rás á tu próximo, como á tí mis-  
mo. El amor del próximo no obra  
mal: y así la caridad es el cum-  
plimiento de la Ley.*

## INSTRUCCION.

Toda la ley se encierra, como ha dicho Jesu-Christo, y nos demuestra el Apóstol San Pablo, en el precepto del amor: no puede tratarse un punto de la moral christiana que no tenga relacion con este precepto, y en vano pretenderíamos conservar la caridad con disposiciones contrarias á ella: por mas legítimos que parezcan el ódio y el rencor, siempre destruyen el reyno de esta virtud; y para vivir como christianos, es preciso no solo amar á nuestros hermanos, sino tratarlos como á nosotros mismos; esta es una obligacion esencialísima de todos los estados, tiempos y lugares.

En la última instruccion hemos hecho ver las virtudes que están intimamente unidas á la caridad, y ahora vamos á estudiar la caridad misma, y los medios mas propios de practicarla.

El Apóstol distingue dos géneros de deudas entre los hombres, las unas voluntarias, que son el efecto de una confianza mútua, y las otras forzadas y necesarias, impuestas por la naturaleza misma; pero las unas y las otras deben pagarse exáctamente, con esta diferencia: que con el pago de las primeras queda extinguida del todo la obligacion; pero aunque se paguen las segundas, todavía somos deudores de alguna cosa.

El Apóstol nos dice: No debais nada á nadie. Esta obligacion de pagar al próximo aquellas anticipaciones ó préstamos que nos ha hecho para socorrer nuestras necesidades, ó fomentar nuestra utilidad, pertenece de tal manera á la caridad, que podemos contar en el número de los usurpadores de los bienes ajenos á todos aquellos que sin necesidad absoluta, ó por satisfacer su lujo, su vanidad, su sensualidad y su ambicion, toman pres-

tados unos bienes, que pudieran en otra mano tener un empleo mas útil, como asimismo aquellos que solicitan estos préstamos sin pensar en los medios de pagarlos. Aquellos que emplean una cantidad, que deberian destinar al pago de otras deudas; aquellos que no se cuidan de trabajar, ó de economizar para proporcionarse los medios de pagar, y finalmente aquellos que se tranquilizan con la opulencia de sus acreedores, ó con su moderacion para diferir hasta su muerte el pago de las deudas, que quizá quedarán despues insolventes; pecan sin duda contra la caridad: este abuso que se hace de la confianza y buena fé del próximo, es lo mismo que si se robase abiertamente, y en alguna ocasion mas digno de castigo; lo peor es, que poquísimas veces se nos habla de este gravísimo pecado en el tribunal de la penitencia. Se contraen deudas con prodigiosa facilidad, aprovechándose algunas veces de la ignorancia, ó de la debilidad de un indigente para arrebatár de sus manos el fruto de sus ahorros. Se exige del Artesano, que construya y amueble nuestras casas con una prontitud

que muchas veces les impide tomar otras obras mas lucrativas y útiles; y quando se trata del pago, todo es moratorias, dilaciones y esperas, que por lo comun no se acaban ni con la misma muerte; porque es tal el desorden en que quedan los negocios que inevitablemente se consume una buena parte de los bienes entre las personas destinadas á conservarlos y esclarecerlos, y el pobre artesano no viene á sacar mas que la triste esperanza del fruto de sus trabajos, terminándose su vida ántes que haya podido recoger su salario. Sin embargo vemos que estos deudores viven tranquilos, que no excusan ningun gasto, ni rehusan mil superfluidades, por lo qual salen de este mundo cargados de bienes ajenos, y mucho mas del terrible anatema que profiere el Apóstol quando dice: los que quitan á otros sus bienes no entrarán en el Reyno de los Cielos. Por tanto, yo les dirijo en este dia las mismas palabras del Apóstol: no debais nada á nadie; pero no penseis por esto que extinguidas las deudas, se ha satisfecho toda la obligacion: aun subsiste otra á que siempre sois respon-

sables; y que debeis cumplir con gran cuidado, y es el amor que os debeis unos á otros. Quizá el descuido que se padece en el pago de esta deuda es la causa de que se la tenga en tan poca importancia, sin considerar la grande extension de que es susceptible, porque la caridad no nos une solamente á nuestras familias y personas de nuestra estimacion: el grito mismo de la naturaleza nos está llamando al amor, y hasta los animales son los modelos en esto, y los censores de nuestra mala conducta para con aquellos que les debemos el ser. ¿Seria posible que la caridad nos uniese solamente á nuestros bienhechores? No: Una probidad toda humana nos predica el reconocimiento, y los Paganos, dixo Jesu-Christo, son los primeros en pagar lo que deben: ¿la caridad acaso se contentará con el interes que tomamos por los que habitan las mismas casas y pueblos? ¡Oh! Si un Christiano no se despojase en tiempo alguno de los sentimientos que inspira la compasion y la sensibilidad, ¿Qué union habria entónces en las familias! ¿Qué paz y que cuidado mutuo entre los

vecinos! ¡Qué atención para indagar y prevenir las necesidades de los infelices que viven entre nosotros! Pero no es esto solo lo que pide la caridad; todavía quiere alguna cosa más: un extranjero, y aun el mismo enemigo tienen derechos incontestables sobre el corazón de un Cristiano: Sí, hermanos míos, él debe sobrellevarlos en las faltas que cometen, tratarlos con mucha consideración y miramiento quando los hayan de reprehender, compadecerse en sus desgracias, ya que la Providencia ha puesto en sus manos su remedio. Esta es la deuda de que nos habla el Apóstol, la qual pagada pueden jactarse de haber cumplido toda la ley, porque ella se reduce á la caridad: por tanto quando va refiriendo los preceptos que tienen relacion al próximo, nos convence que la observancia de los mandamientos en sí misma, no es precisamente la que agrada á Dios, sino se une con el amor. Cada uno de estos preceptos separados del amor no pasa de la línea puramente humana. Un principio natural decia á los Paganos, no adulterarás, no matarás, no hu-

tarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás. Estas leyes han sido observadas por muchos Sabios con una exactitud tan escrupulosa, que ciertamente debe avergonzar á la mayor parte de los Christianos del día. ¿La ley Evangélica no prescribirá otra regla mas santa á sus Discípulos que sea el complemento de todas las de la naturaleza? Sí, amados míos, amarás á tu próximo como á tí mismo. Esto es lo que no sabian los Gentiles: sus luces naturales no eran suficientes para inspirarles esta gran verdad, y así era el orgullo el escollo de todas sus virtudes; ellos eran buenos amigos, padres virtuosos, hijos humildes, vasallos fieles, ciudadanos generosos, mientras que su amor propio no estaba comprometido: en este momento todo cesaba, y mientras que honraban la virtud con una sabiduría, y una firmeza que parecia superior á las fuerzas humanas, se deshonoraban á sí mismos por una vanidad que los hacia capaces de las mayores baxezas.

La ley de los Christianos no es de esta naturaleza, ni tiene semejantes escollos: amarás á tu próximo como

á tí mismo, y te acordarás que la caridad de quien eres discípulo, no busca sus provechos, no piensa facilmente el mal, no obra precipitadamente, no se ensoberbece. ¿Y de dónde viene esta grande paciencia, y esta grande humildad? la caridad es la causa: Ella nos enseña á mirar al próximo como á nosotros mismos, á tener con él la misma indulgencia que tenemos y queremos para nosotros, y á ofrecerle los sacrificios que hacemos en obsequio de nuestra salud y comodidades. La caridad es el cumplimiento de la ley, concluye el Apóstol; y así todos los preceptos relativos al próximo se contienen en el amor del próximo, y este mismo amor se apoya sobre el amor de Dios. Hermanos míos, esas amistades tan tiernas y sensibles, esas naturales simpatías, esos amores desordenados que produce la pasión, son de todos modos incompatibles con la caridad, y mas bien una idolatría que un acto de religion y de virtud; porque el corazon casi siempre da á la criatura la preferencia sobre el Criador. ¿Y cuántas veces estas amistades particulares son causa de los odios, de

los resentimientos, y las venganzas que pasan entre los Christianos? La caridad se anuncia, amados míos, con auspicios mas favorables; ella es constante, porque nunca ama sino lo que debe amar; ella es sincera, y jamas oculta el veneno del odio baxo el velo de palabras halagüeñas y blandas; ella es universal, y no tiene acepcion de personas; si alguna vez da la preferencia, no es á sus intereses, ni á su amor propio, sino á los objetos que interesan mas su compasion y su sensibilidad, y los mas miserables son los que tienen mayor derecho á su ternura; ella finalmente es generosa, y sacrifica con alegría sus gustos particulares, sus intereses personales, las injusticias y los agravios que sufre.

Pero, Dios mio, ¿por qué causa nos vemos reducidos la mayor parte de los Christianos á considerar especulativamente la caridad, y á no practicarla nunca? ¿No decimos en nuestras conversaciones que es útil, y que en ella se cifra el consuelo y la alegría de nuestra vida? ¿Pues por qué vivimos tan abandonados, como si la caridad fuese una virtud extraña ó impractica-

76 Domingo IV.  
ble? ¡ Ah! Señor, dadnos vueſtros auxilios, y entónceſ la conoceremos, y observaremos: ſin ellos, Dios mio, no podemos movernos á parte alguna. Concedednos eſte doble favor; haced que la miremos como el objeto de nuestro estudio continuo; que obremos ſiempre conforme á las reglas que nos prescribe, y por último que nos dirija en la tierra, y asegure la felicidad en el Cielo. Así ſea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,  
cap. 8. v. 23. 27.

*En aquel tiempo: Entrando Jesus en un barco, le ſiguieron ſus Discipulos: y sobrevino luego un grande alboroto en la mar, de modo que las ondas cubrian el barco; mas él dormia. Y ſe llegaron á él ſus Discipulos, y le diſpertaron diciendo: Señor, ſálvanos, que perecemos. Y Jesus les dice: ¿ Qué temeis hombres de poca fé? Y levantándose al punto, mandó á los vientos y á la mar, y ſe ſiguió una grande bonanza. Y los hombres ſe maravilláron, y decian: ¿ Quién*

*deſpues de la Epiphanía. 77  
es eſte, que los vientos y la mar  
le obedecen?*

### INSTRUCCION.

El Evangelio de eſte día vá, hermanos míos, á darnos grandes instrucciones y muchos consuelos. La tempeſtad que experimentan los Apóstoles, es la figura de las tentaciones y los peligros que nos asaltan y cercan en la vida; las ſúplicas que dirigen á Jeſu-Christo, y la atención que eſte Divino Maestro pone en ſu necesidad, nos enseñan á un miſmo tiempo los medios de que nos hemos de valer, y la confianza que exige en nuestras peticiones.

Para hacer eſta inſtrucción mas convincente y ſensible, debemos ſuponer que, ſiendo Diſcípulos de Jeſu-Christo, y miembros de ſu Iglesia, nos hallamos en una barca ſiempre agitada de las olas, y expueſta algunas veces á violentos, é inminentes peligros; pero que ſin embargo nada tenemos que temer eſtando en ſu compañía, porque vela ſobre nosotros miſmos quando pa-

rece que está durmiendo: tambien debemos considerar que no nos prohibe clamar, é interesarle con nuestras oraciones, quando nos vemos en algun peligro; pero que al mismo tiempo es indispensable alejar á mucha distancia las desconfianzas y las dudas que regularmente entibian el fervor: y en fin debemos pensar que aunque manda á los vientos y á la mar, no por esto le quita á este elemento su inestabilidad é inconstancia, y que por consecuencia tenemos necesidad de vivir en un continuo temor, y no entregarnos demasiado á la confianza. Prestadme vuestra atencion.

Entrando Jesus en un barco le siguiéron sus Discípulos: esta relacion puramente histórica encierra ya reflexiones muy útiles. Jesu-Christo, hermanos míos, debe estar á nuestra cabeza en todos los peligros, y su presencia calma inmediatamente toda inquietud y sobresalto; pero tambien es preciso seguir sus pasos por qualquier parte que vayan, sin oponer la menor dificultad, ni alegar la desproporcion que hay entre su naturaleza y la nuestra. Esta desproporcion es un re-

paro que comunmente se nos pone quando queremos inspiraros la práctica de las virtudes á imitacion de Jesu-Christo. El era Dios, y yo soy hombre, decís: El era poderoso en gracia y en sabiduría, y yo soy fragil: ¿Pensais que este pretexto pueda servir de excusa quando estando arrebatados de la cólera, os hablamos de su paciencia? ¿quando en el tiempo que estais mas agitados del orgullo, os presentamos el exemplo de su mansedumbre? Acordaos, hermanos míos, que ó no debéis contaros en el número de sus discípulos, ó debéis seguirle constantemente: Le siguiéron sus Discípulos.

Pero esta necesidad de seguirle es mas urgente y obligatoria á medida que se multiplican las dificultades y los obstáculos. Seguirle en los caminos suaves, practicar la ley, amar la religion en las ocasiones fáciles, en las obligaciones comunes y ordinarias, y en las reglas que prescribiera una probidad natural, es un mérito muy débil; pero seguirle en los caminos de las aflicciones y de los trabajos, de las humillaciones y de los desprecios, de la penitencia y de la mortificacion; seguirle

llevando su cruz, es la obligacion mas indispensable de los que quieren contarse en el número de sus Discípulos. ¿Pero cuántos Christianos hay que le sigan de esta manera? hay muchos que piensan estar unidos á Jesu-Christo, porque las tentaciones no han sido aun bastante eficaces para hacerlos caer en desórdenes visibles: si á estos se les diese á escoger el vivir separados de Jesu-Christo, sin agitaciones ni sobresaltos, ó vivir con Jesu-Christo rodeados de contradicciones y contratiempos, ¿cuántos habria que harian una eleccion indigna de su vocacion?

Nosotros, hermanos míos, que estamos precisados á vivir en el mar tempestuoso de este mundo, procuremos mantenernos unidos á Jesu-Christo; no nos separemos de la barca; y esperemos que se levanten las tempestades. El Evangelio nos hace notar que apenas Jesu-Christo se sienta quando se levantan las olas. Un huracan furioso agita las aguas, y la agitacion es tan terrible, que las ondas cubrian el barco. Consideremos, hermanos míos, que no se ha hecho para esta vida una paz inalterable. Qualquiera que sea nuestra

situacion, estamos expuestos á experimentar mil tempestades: si somos pobres, no solo turba la vida la necesidad, sino mayormente los desprecios que hay que tolerar y sufrir de todos: si somos ricos, las pérdidas impensadas, el continuo miedo de que nos roben y nos despojen de nuestros bienes, las envidias que excita la misma prosperidad, los descontentos que ésta trae consigo, y las ingratiitudes con que se recompensan los beneficios; ponen el corazon del rico en estado de no gozar pacificamente su riqueza, y su situacion es una verdadera tempestad. Si somos pecadores, como para el impío no hay paz, tampoco pueden calmarse las agitaciones continuas de una alma pecadora. Turbada exteriormente piensa que todas las criaturas conspiran contra el enemigo de su Dios, y turbada interiormente, se ve agitada de inquietudes, de remordimientos que la despedazan, y de disgustos que encuentra por todas partes. El estado mismo de la justicia no está tampoco libre de inquietud, porque la justicia de la tierra no es tan firme, que no pueda per-



derse : importa poco que nuestras conciencias esten tranquilas ; no sabemos sin embargo si somos dignos de amor, ó de ódio : nos consideramos seguros por la misericordia de Dios ; pero como no se necesita para caer mas que una piedra de escándalo , y el camino que andamos está lleno de ellas : caminamos temblando , y la paz que gozamos en la justicia , está expuesta muchas veces á ser turbada con extraordinarias y verdaderas agitaciones.

¡ Triste condicion la del hombre! si se encontrase en la tierra un estado, en el qual fuese perfecta la tranquilidad , nunca se pensaria en salir de este destierro ; pero es preciso que haya turbaciones y disgustos. La verdadera sabiduría del Christiano no consiste en buscar una situacion libre de agitaciones : aquella en que la paz sea mas sólida , y mas durable : aquella en que pueda restablecerse mas facilmente si se pierde , será la que deba preferirse entre todas ; y en ninguna otra podremos encontrar esta ventaja, sino en la que nos acerque mas á Jesu-Christo ; pero qué seguridad tendremos ( direis ) de conseguirlo , quando

este Señor toma tan poco interes en el peligro que amenaza á sus discípulos? mas él dormia , nota el Evangelio. Esta es , hermanos míos , una objecion capciosa de los ímpios de todos los tiempos , los cuales quisieran probar por el silencio de Jesu-Christo, en ciertas circunstancias , la insuficiencia de los consuelos de nuestra Religion santa. San Agustin en la explicacion de este Evangelio los confunde , y manifiesta los motivos del sueño de Jesu-Christo , enseñándonos que , quando parece que duerme , es porque está dormida nuestra fe. No , de ningun modo duerme Jesu-Christo , quando las aflicciones de la vida nos agitan. Es verdad que guarda un profundo silencio algunas veces para probar nuestra fe ; es cierto que pudiera mandar á la tribulacion que nos dexase , y aliviarnos y consolarnos , y disipar nuestras penas al primer gemido de nuestro corazon ; pero quiere dexar sentir su mano poderosa , porque sabe que tenemos necesidad de tribulaciones y trabajos : entónces nuestros gemidos se cambian en murmuraciones , y cansados de suplicarle sin consuelo , nos au-

torizamos para quejarnos de su misericordia, y del ningun alivio que reciben los males que padecemos. Pero nuestra fe es la causa de este sueño, hermanos míos: esta fe que debería inspirarnos la sumision y la paciencia, está dormida, y no excita en los corazones de los Christianos los sentimientos de resignacion.

La tempestad de las tentaciones es otra de las que se levantan contra nosotros: temblamos á los primeros ataques; y pedimos auxilios; pero insensiblemente nos familiarizamos con el peligro. El choque despues es mas violento, se ruega con ménos instancia, y al cabo se cae: ¿y no atribuiremos esta caída al sueño de la fe, de esa fe perseverante, que no se cansa de pedir? ¿Y por qué se duerme tan facilmente en nuestra fe, hermanos míos? No hay otro motivo que el de no emplear para excitarla, y sostenerla los medios que la religion nos presenta: no procuramos, pues, alimentarla con la meditacion de la palabra santa, no la fortalecemos con la oracion, y no la fixamos con la práctica de las virtudes christianas: muchas veces está es-

condida en nuestro corazon, sin esperanza de que despierte, y sin el fervor suficiente para animarla: y esta es la causa verdadera de su debilidad y tibieza: en fin, lo cierto es, que sin embargo de la grave necesidad, no nos acercamos á Jesu-Christo, que es el autor y el consumidor de nuestra fe, y el único medio de hacerla viva y activa, como lo manifestaron los Apóstoles, los quales se llegaron á él, y le despertaron diciendo: Señor, sálvanos que perecemos. Estas palabras manifiestan bien el miedo que se difundia por los corazones de los Discípulos de Jesu-Christo: su interes los hace entónces vivos y eloqüentes; ¿pero es el interes temporal quien debe movernos solamente? ¿No hay en el orden de la salvacion una multitud de ocasiones peligrosas que exigen la misma súplica que hiciéron los Apóstoles: Señor, sálvanos, que perecemos? ¿No deberiamos por exemplo emplearla contra esas costumbres inveteradas, en que la pasion se fortifica de tal modo, que nos quita hasta la reflexion, que en alguna manera pudiera detener el pecado? Quando las ocasiones son una

causa casi inevitable de pecar, quando las tentaciones de la carne son tan vivas, que arriesgan la conservacion de la honestidad, y mucho mas peligrosas, á proporcion que se disminuye la resistencia: ¿no es entónces quando deberemos clamar en altos gritos: Señor, ¿salvanos, que perecemos? No nos contentemos entónces, hermanos míos, con pronunciar estas palabras una sola vez; repitamoslas freqüentemente, y si puede ser en cada instante del dia. Quando la tentacion sea mas viva, levantemos mas el grito: pero que sea con un verdadero dolor de nuestras culpas, con un justo temor de los peligros presentes, y con una firme confianza de conseguir el socorro que se invoca. Para esto debemos penetrarnos del poder de Jesu-Christo; pero que sea convencidos de sus piadosas disposiciones ácia nosotros, persuadidos de nuestra impotencia personal, y llenos de temor por el peligro de cometer el pecado mortal. Todas estas disposiciones se contienen en las palabras de los Apóstoles; y si ellas faltan, mereceremos con razon que Jesu-Christo nos reprehenda como á ellos,

diciéndonos: ¿qué teméis, hombres de poca fe?

Esta respuesta merece mucha atencion, hermanos míos: la timidez y la descoufianza que manifestáron los Apóstoles, era muy conforme á la fragilidad de nuestra naturaleza; pero Jesu-Christo no obstante la desapueba, porque el miedo debe tener sus límites. Quando proviene del conocimiento de la propia debilidad, y de la experiencia de las propias miserias; quando no excluye la confianza que debemos tener en Dios, ni el reconocimiento que exigen sus disposiciones benéficas; el miedo en estas circunstancias es humildad, sabiduría y caridad: pero quando nace de timidez y de desaliento, quando resfria el fervor de la oracion, y es causa de que se desespere de la salvacion, ó se teman extrémadamente las dificultades que se presentan para conseguirla; entónces es peligroso, y podemos llamarlo descoufianza y pusilanimidad. Este es un escollo en que dan muchas personas virtuosas y christianas, que piensan honrar á Dios, haciendo publicacion de su flaqueza, y que dando mas valor

del que merecen los escrúpulos que les agitan, y formándose una costumbre de exâgerar sus menores faltas; imitan á su parecer los mas grandes Santos, porque, como ellos, se confiesan grandes pecadores.

No intento por esto, hermanos míos, inspiraros una confianza presuntuosa en vuestras propias fuerzas: sé muy bien que el language de la humildad es el language del Christiano; pero la sinceridad no merece ménos respeto y miramiento. Si debe á su propia naturaleza un testimonio de desconfianza y de humildad, tambien debe á la gracia de su Dios un testimonio de verdad y reconocimiento; y sobre todo debe temer las peligrosas conseqüencias de esta humildad mal entendida. La desconfianza proviene, hermanos míos, comunmente de la tibieza en la piedad; porque siendo inútiles las obras por la mala disposicion con que se hacen, son mayores los temores.

De aquí resulta por una conseqüencia necesaria que la oracion sea ménos fervorosa y freqüente; porque las distracciones continuas traen disgusto y

frialdad. Esta es asimismo la causa de la poca freqüencia de los Sacramentos, de la Confesion y Comunion; del uno, porque molesta la repeticion de las mismas faltas, y del otro porque se temen hacer tantos sacrilegios como Comuniones. ¡O, si pudiera yo penetrar, y llenar de terror los corazones de tantos Christianos temerarios, que llevan con la mayor impaciencia que se les difiera por un breve término la absolucion! Pero vosotras, almas timoratas, que rodeadas de tantas flaquezas podeis hacerlos la justicia de no cometer ninguna falta con reflexion y voluntad; ¿por qué permitis que los terrores imaginarios debiliten vuestra fe?

Quando digo que quisiera aterrar á muchos pecadores, que vienen á nuestros tribunales de la Penitencia, no hablo de esos presuntuosos y temerarios, que creyéndose seguros en el mismo crimen, piensan tener en sus manos la victoria de sus costumbres y sus pasiones: hablo solo con aquellos para quienes el miedo es un remedio suficiente; y que se convertirian de corazon, si su conversion tuviese mas firmeza y confianza. Estos tales necesitan

que una mano fuerte los vaya conteniendo, porque de lo contrario se pierden y precipitan: no bastándoles las precauciones prudentes, y las promesas formales, para evitar que su pasión les arrastre, y les haga caer en pecados enormes, se desalientan pensando que sus malos hábitos son invencibles. Dios, dicen, está muy irritado, y por mas que hacemos, no podemos inclinar su misericordia.

No es éste, hermanos míos, un nuevo artificio de Satanás, que despues de haber hecho tan atrevido é insolente vuestro corazón, quando tratáis de ofender al Señor, se sirve despues de la pusilanimidad y de la desconfianza para reteneros en su esclavitud? Sabed, almas tímidas, para vuestro consuelo, que en el principio de una conversion no siempre es un seguro de la sinceridad del pecador la cesacion total de sus malos hábitos: basta para esperar prudentemente una perfecta conversion, el que se vayan poco á poco evitando las ocasiones; y en lo general nos consuela mas el estado de un pecador, que se humilla á la vista de sus miserias, que el de aquel

que se desalienta considerando su debilidad. El primero no necesita para triunfar sino de una fe mas viva, y el segundo no tiene para defenderse sino una fe lánguida, extenuada, y casi muerta.

Por tanto, hermanos míos, si estais verdaderamente persuadidos que la gracia de Jesu-Christo es la que os comunica la primera idea del arrepentimiento, y que ella es quien preside en vuestros combates; esperareis sin duda, con paciencia y confianza, que este Señor se levante para vuestro socorro. El Evangelio nos dice que levantándose, al punto mandó á los vientos y á la mar, y se siguió una gran bonanza.

Notad, mis hermanos, que en estas palabras se nos indican dos causas que influyéron en la tempestad. Por una parte los vientos impetuosos que agitaban las olas, y por otra las olas mismas, que no teniendo estabilidad alguna, se dexaban arrastrar por estos movimientos y esfuerzos. Pues estas dos causas subsisten dentro de nosotros. El viento de las pasiones nos combate con los objetos exteriores; y como in-

teriormente no tenemos disposiciones para evitarlos, con facilidad se imprimen en nuestras almas. Una inconstancia continua es lo que únicamente tenemos que oponer á la impetuosidad de estos vientos; y de aquí nacen las violentas tempestades que nos agitan; pero acordemonos que el orgullo es la causa mas ordinaria que las mueve, inflando nuestro corazon á la manera de un viento impetuoso, y agitando todas las potencias de nuestra alma. Hay momentos en que esta pasion causa un desorden de tal naturaleza, que las ondas cubren el barco; es decir, que todo está algunas veces sumergido en nosotros, y que hasta las acciones mas loables padecen esta fatal desgracia. ¿Y qué es lo que podemos hacer para apaciguar este viento, y restituir la calma en nuestro corazon? hermanos míos, quando la pasion del orgullo llegue á dominarnos, clamemos á Jesu-Christo; esforcemos la voz á proporcion del mayor riesgo; instemosle para que se levante; es decir, para que recobre todos sus derechos en nuestro corazon, haciéndole entrar en la nada de su condicion y de su naturaleza: roguémos-

le que hable, pero que sea con autoridad; y entónces recobráremos la tranquilidad, porque nuestra alma entrará otra vez en la sumision y la dependencia que debe tener: entónces, si tenemos viva fe, no nos gloriaremos de atribuirnos esta calma y esta paz como un bien que dimana de nuestras propias fuerzas; sino que la referiremos á aquel á quien obedecen los vientos y la mar.

Los hombres, dice el Evangelio, que estaban en el barco, se maravillaron; y decian: ¿quién es éste que los vientos y la mar le obedecen? Esta sorpresa nos acuerda, hermanos míos, la admiracion de los Paganos en los primeros dias de la Iglesia. San Pedro Chrisólogo nos dice, que lo que admiraba sobre manera á los idólatras en estos tiempos del primer fervor, era el imperio que tenía un Christiano sobre su corazon luego que abrazaba el Christianismo. Quando vivia en las tinieblas de la idolatría estaba sujeto á todos los vicios, y á las pasiones mas vergonzosas; pero luego que se sometia á llevar el yugo del Evangelio, ya era casto, moderado, paciente, y en

fin virtuoso. Esto movió á los Apolo-  
gistas de la Religion para desafiar á los  
Emperadores y al Senado Romano di-  
ciéndoles que no encontrarían en Ro-  
ma ciudadanos mas justos, mas sólidos  
y mas sabios: en sus exércitos sol-  
dados mas valerosos, y mejor disci-  
plinados; y en sus Palacios criados mas  
fieles y mas zelosos. En efecto, los Gen-  
tiles, á pesar de su odio contra el  
Christianismo, se veian forzados á con-  
venir en estas verdades, y su sorpre-  
sa era muy semejante á la que mani-  
fiestan los hombres del Evangelio. Pe-  
ro lo que sobre todo debe maravillarnos,  
hermanos míos, es que no habiendo  
perdido este Dios ni su poder ni su  
autoridad, apenas se obren ya mudanzas  
tan sensibles, de manera, que si somos  
Christianos, ya no lo parecemos. ¡ Ah!  
¡ qué días tan tristes estos en que vivimos,  
y en que animadas y aguzadas las pasiones  
con tantos estímulos, no tentais los  
medios de apaciguarlas! ¿ Por ventura  
no sabeis, hermanos míos, que este Dios  
poderoso, que habita entre vosotros, es  
el que mandó á los vientos y á la mar?  
¿ Ignorais los medios de interesarle, y

hacerle propicio en vuestro favor? Clamad,  
pues, Christianos, como el Profeta desde  
el interior del abismo, y oirá vuestra voz:  
quando las aguas del pecado se levanten  
sobre vuestras cabezas, decidle; Señor,  
sálvanos, que perecemos. Invocad su  
nombre adorable y poderoso para inspirar  
á vuestros enemigos su justo terror, dar  
su primera tranquilidad á las olas que os  
agitan, y restituir la calma y la confianza  
á vuestro corazón, y entónces le oireis  
decir: no temais, yo estoy con vosotros.

¡ O Dios mío! ya veis quan agitados  
estamos de continuas tempestades: ellas  
se levantan en nuestros corazones, y nos  
sumergen en un abismo profundo; levantaos,  
Señor, mandad á mis pasiones que callen,  
y á mi corazón que obedezca; y haced que  
yo experimente dentro de mí mismo una  
paz que sea el presagio de la que me  
reservais para la eternidad. Así sea.